



EDUCACIÓN, FUTURO Y UTOPIÁS



Noé Jitrik*

Cinco puntas para iniciar una lectura y una pregunta sobre el futuro

1. Antes de presentar algunos breves textos, seguro de que quienes me están leyendo prestan una atención desinteresada, están a la expectativa desde su campo disciplinario y no esperan que me entregue al campo psicoanalítico o pedagógico, y tal vez solo para mostrar un poco cuál es el modo de mi pensamiento, me gustaría contar algo que pensé hace poco, para paliar el tedio que ha provocado la pandemia, y que puede ser muy arbitrario, lejos del rigor de un discurso psicoanalítico o pedagógico, como es el de quienes acudirán a la revista. Se trata de la película *El*, de Luis Buñuel, del período mexicano. El pronombre, lo digo de entrada, no guarda relación con las teorías de la enunciación, tan brillantemente elaboradas por Emile Benveniste. Supongo que alude a lo otro, a lo que está fuera del “yo” y que siempre es enigmático porque no basta con describirlo. Pero no es eso, es una película, tiene un eje argumental con el tema, tan transitado, de los celos. Puedo imaginar que Buñuel lo tomó para relacionarse, a su manera, con la fuerza representacional del psicoanálisis en la década de 1940. En el cine estadounidense, muchas películas “analizaban” destacando siempre algo que a Freud le importaría muy poco: el éxito, la “cura”. Buñuel lo vio de otro modo. A su personaje le brotan inexplicablemente celos cuyo presunto motivo no puede explicar; su vida convierte en un infierno a su tierna pareja de modo tal que se convierte en una obsesión: el celoso está convencido, cree que “tiene razón” pese a que nada lo justifique. Poco a poco va entrando en una espiral que lo lleva a una locura homicida, quiere matar para no tener que estar asediado por esos fantasmas: “tener razón” es superior a cualquier sentimiento, ni hablar de una objetividad. Sin ánimo de calificar su psicosis, diría que se trata de un paranoico y, en otras palabras,

* Noé Jitrik es escritor, ensayista, crítico literario, profesor universitario y director del Instituto de Literatura Hispanoamericana de la UBA.



el paranoico, que ha perdido la razón, está convencido de que la tiene y que debe hacer algo con ella. “Está loco”, dice un agredido por él, lo encierran y la mujer queda liberada de la tortura que le significó la vida junto a ese desquiciado. Pasan años. La mujer, acompañada por un marido y un hijo, va al monasterio en el que está encerrado y, aparentemente, curado, según describe un monje que lo cuida: no es violento, les dice a los visitantes; es considerado, sigue las reglas, no habla de su drama, parece haberlo olvidado. Pero, cuando los visitantes, que no lo han querido ver para no despertar recuerdos ni pasiones, se van, él los observa, observa que su antiguo y desesperado amor está con otro e incluso con un hijo, y dice, como hablándose a sí mismo, “yo tenía razón”. Invulnerable, el paranoico persiste. No sabe qué afirma pero afirma. Por suerte, Buñuel lo deja encerrado. ¿Percepción psicoanalítica de Buñuel? El término no aparece, el psicoanalista tampoco pero la noción, o la sabiduría, está presente, eso es lo central y atractivo. Es quizá lo que en mi aproximación a mis temas pretendo encontrar.

Pasemos a otra cosa. Salgamos de este campo, tan inseguro para mí.

2. Se sabe lo que significa la palabra “amigo”, así como, aproximadamente, de donde viene: si, como se afirma en los diccionarios, se relaciona, por la raíz “am”, con “amar (en latín, *amare-amicus*), recibe en su acepción todos los beneficios que implica esta cercanía: afecto, solidaridad, comprensión, ayuda, etcétera: nada hay superior a esta noción y disfrutar de ello es un privilegio que todos los seres humanos, y hasta animales, buscan tener. Es claro que también suele bastardarse cuando se aplica a meros conocidos: amigos de verdad son de toda la vida, amigos de ocasión son efímeros y se olvidan. Pero, ¿cuándo surge la noción y se incorpora a modos de vida que hoy nos parecen naturales? En una pura hipótesis, diría que es cuando los seres humanos comprenden que deben afirmarse en su estar en el mundo, siempre en duda, razón por la cual es obvio que es una relación, o sea que se necesita de otros, la alteridad es el cemento de la amistad se puede afirmar sin reparos. Y si todo eso no ofrece dudas y da lugar a múltiples operaciones –apelar a un amigo, ser traicionado por un amigo, contar con un amigo– que dan origen a correlativas narraciones, más complejo e interesante es tratar de comprender su antónimo, el enemigo, esa figura torva y enigmática que ha permitido imaginar tantos personajes y comprender tantas otras situaciones.

El enemigo nos acecha, es muy difícil que haya alguien que no tenga por lo menos un enemigo; existe y problematiza en el campo de lo individual que, es conocido, cuando se verifica es difícil de soportar pero, es tan general que se traslada a lo estructural sin perder rasgos de la primera relación, la lucha de clases, y a lo nacional, países enemigos. Es claro que los enemigos no nacen sino que se hacen, algunos muy pronto. El alevoso sujeto que intenta asesinarlos suele considerar que somos enemigos, otros lo construyen porque son obstáculos tanto en lo económico, el ocupante de tierras que hace de los indígenas que están ahí sus enemigos, como en lo político, el macrismo que inventó el kirchnerismo y lo convirtió en enemigo, como los nazis lo hicieron con el resto del mundo. No se puede



dejar de mencionar a otros constructores de enemistad que lo hacen con más arte y paciencia, los bancos por ejemplo, o los gobiernos, ni tampoco a los que llevan dentro la semilla de la enemistad, los *White*, para quienes el *Black* es un enemigo por naturaleza. Hay muchas posibilidades de reconocer tales modos de construcción pero, en todo caso, se puede decir que lo común a todos ellos es que una vez que definen al enemigo consideran lógico y natural querer borrarlo de la faz de la tierra, como se dice en los himnos nacionales. En suma, todos sabemos, creo, cuántos tipos de enemigos nos rodean y hasta los podemos reconocer. Más pronto lo advertimos, más sabios nos ponemos.

Para un corazón tierno como el de Rousseau, el ser humano es bueno por naturaleza pero aun él puede tratar de entender por qué en todos los casos mencionados se transforma y se convierte en enemigo de alguien o de algo. Pero, una vez presentada la figura y alguno de sus rasgos, no es vano preguntarse cuándo y por qué entró en escena. No creo que sea fácil responder, falto de severas hipótesis antropológicas, porque su aparición debe haber sido tempranísima, un poco antes del *Homo sapiens* y acaso durante su vigencia se consolidó hasta adquirir los rasgos que hoy se reconocen. Si quiero acercarme a esos momentos iniciales y básicos no puedo menos que, en un derroche de hipótesis audaces y acaso improbables, proponer que el enemigo emerge en virtud de tres razones: la primera apropiarse de mujeres, la segunda apropiarse del fuego y la tercera apropiarse de lo que poseen otros. Se dirá que previamente existe la intención y antes aún el deseo pero, sea como fuere, desembocan en esa tríada. En cada uno de sus términos se desarrollan hasta el punto final, o un enemigo gana la partida o es derrotado pero, en ambos casos, logra convertir al otro en lo mismo.

De lo cual se infiere que el mundo está poblado de enemigos –los amigos son islotes solitarios pero suficientes para aguantar los ataques de los enemigos– pero también que la mitad, por lo menos, lo son por necesidad, la otra porque han nacido y crecido para serlo. Sería largo y fastidioso entrar en detalles y en historias pero lo que este razonamiento promete es comprender algunas cosas, en donde cada cual se sitúa. Es claro que los resistentes franceses e italianos eran enemigos de los nazis y fascistas respectivamente, así como Dolores Etchevere es enemiga de los facinerosos de sus hermanos, cómo no serlo. ¿No serán enemigos de los capitalistas los comunistas y a la recíproca? Salvo hipocresías jurídicas, las de los que pretenden llegar a arreglos cuando lo que en realidad defienden tenazmente es un privilegio, la enemistad es el nutriente de todo conflicto, pero entonces, para tomar partido y apoyar a unos y no a otros, porque no todos son iguales, es preciso hacer jugar valores: no es lo mismo defender, por ejemplo, la vacunación universal que oponerse a ella para conseguir que, derrotado, el enemigo desaparezca.

Diría, porque la palabra es peligrosa –se suele decir buenamente que una cosa es un enemigo y otra un antagonista o un rival– que no hay por qué renunciar a ella si se trata de valores. En la alienación de la soberanía de un país actúan enemigos, no puedo creer que sean otra cosa, no puedo creer que “piensan” distinto, eso no es pensar. Cierta ministro, no heredero por cierto de Sarmiento ni de Pizzurno, consideraba, equidistante, que la frágil, la delicada Anna Frank murió a causa de



disidencias entre dirigentes. Para los que la mataron ella era una enemiga, los que la mataron son mis enemigos aunque sean amigos del olvidable ministro.

3. Fenómenos que sacuden a la sociedad y parecen calar profundamente en su estructura, muy pronto se van disipando, se deja de considerarlos, nuevos problemas concentran la atención; si de aquellos se hablaba sin cesar en su momento, posteriormente, como es el caso de la pandemia, de la que se habla sin parar desde hace poco más de un año, solo están reservados para historiadores o melancólicos. De modo que si alguien brega por el precedente porque entiende que no se ha terminado del todo de entenderlo, es considerado un anacrónico, si antes hubo conmoción ahora hay distracción, no hay modo de volver atrás; es un poco como la vida de la pasión, fue quemante cuando despertó, luego se desgasta y es un remedo triste de la intensidad que tuvo.

Ahora, a propósito de una película de la década de 1970, de Margarethe von Trotta, *Las hermanas alemanas*, un tema reaparece, me hace evocar lo que fue el movimiento de revuelta en muchos países en la década de 1960 y hasta casi la siguiente –Mayo del 68 en Francia, Berlín, México; Cordobazo y otros en Argentina, al que siguieron grupos armados; Baader Meinhof, Montoneros, ERP, Ligas y Ejércitos Rojos y otros más– y el lugar que ocupaban en la atención política y pública. No solo por lo que declaraban que se proponían y las acciones que llegaron a ejecutar, sino a causa de sus integrantes, jóvenes por lo general, de clases medias intelectualizadas, que consagraron su tiempo y sus vidas a las causas proclamadas, muchos de ellos miembros de familias muy próximas a mí, a veces trazando abismos generacionales, otros arrastrando a sus progenitores, un complejo panorama de relaciones a veces interrumpidas, siempre dramatizadas, sobre todo cuando la muerte se hacía presente.

Creo que todo eso aparece en la película, de ahí el interés que me suscita. Y, para ser franco, porque pude haber sido arrastrado yo mismo por todo eso pero algo, un destino, la suerte, o quizá porque mis hijos eran demasiado chicos en ese torbellino, me lo evitó y puedo pensar en todo eso sin culpa.

Lo que se desprende de las escenas finales de la excelente película declara lo que señalo en el primer párrafo, esa disolución: “eso ya no interesa más”, dice socarronamente el editor de un periódico que antes publicaba “todo” lo que implicaba, y “ahora es otra cosa”.

Una de las “alemanas”, la que designo como M., termina muerta, se ha entregado con alma y vida a, no sé cómo llamarlo, la “revolución”, el “terrorismo” mediante, la “lucha armada” en la década de 1960. La otra, que denomino J., si bien no comparte las ideas ni las actitudes de su hermana, la sostiene en esa gesta, la acompaña, la cuida, la sufre y comprende el sentido que tuvo su durísima decisión. En la economía de la película, J. protagoniza el conflicto pero M. ejemplifica una opción que constituía un tema dramático y candente en casi todo el mundo en esa época, incluida la Argentina. Al mismo tiempo, el modo de la decisión: M., implacable, se muestra insensible a todo sentimiento o lazo afectivo, se desprende de un hijo, es indiferente al suicidio de su exmarido, ya en la cárcel no quiere ver a su



madre y cuando J. le discute una de sus generalizaciones, “el hambre de los niños africanos”, y le replica que matando burgueses en Alemania no lo va a solucionar, solo le dice, sin discusión, tan segura de lo que afirma, que la vida misma de J. no tiene sentido, que si no entiende que el “sistema” es lo que hay que destruir nada de lo que hace y vive vale absolutamente nada. Para M. esta lógica es irrefutable y si hay que morir por ella es mejor que vivir sin “hacer nada”.

M., ya lo indiqué, termina muerta, no se muestra cómo pudieron haber terminado los que ella llamaba “camaradas”, quizá porque von Trotta quiso poner el acento en el conflicto sororal, pero su muerte tiene el carácter de una alegoría. Casi todos los que siguieron ese camino terminaron así, lo cual no exculpa ni redime al “sistema” sino que, al contrario, lo carga con más crímenes aún, pero flotando, entre la firmeza irreductible de una y las dudas de la otra, la pregunta básica es: ¿lleva a alguna parte esa lógica cerrada? Pero también contradictoria, porque toda lógica es cerrada e intenta ser perfecta y es el tributo del pensamiento, es la filosofía, es lo intelectual por excelencia pero resulta que para M., y se supone que para todos sus camaradas, los intelectuales son abominables porque no toman la decisión que tomaron ellos.

El tema parece ser europeo o bien occidental pero, ¿es muy diferente de lo que preconizaba el Estado Islámico? Y varios despotismos que encontraban sus sostenedores hasta la muerte, que veían en la muerte el sentido de la vida. Menudo problema.

Viví algo semejante en la Argentina unos años después, casi calcado, como si quienes lo protagonizaron hubieran copiado lo que la película de von Trotta había mostrado, semejantes decisiones, parecidos gestos, finales desastrosos, abandonos y discursos encendidos, como si los razonamientos del mismo alcance crítico generaran previsibles finales en todas partes, una especie de fatalismo que en determinado momento brota y arrastra a seres sensibles, de esos que “quieren cambiar el mundo” porque lo encuentran sofocante, injusto y degradado.

Pero estoy hablando de la película y hay quien puede pensar que se trata de una ficción. No lo creo, la realizadora debe haber conocido la historia real y concreta, el grupo Baader-Meinhof, y en gran medida hubiera reproducido alguno de sus aspectos o momentos o se hubiera inspirado en determinados actores: cuando vi en una fotografía, tirado en el piso del patio del cuartel de La Tablada, el cadáver de una muchacha a quien yo había conocido desde su infancia, y cuyos padres no pudieron hacer nada para disuadirla de una entrega a una causa semejante, sentí algo parecido; y la película me lo hizo revivir; la asesinaron sin piedad, es cierto, pero si eso probaba dónde estaba el enemigo, su modo de enfrentarlo la había llevado a ese patio y a esa muerte, era como un tributo al enemigo al que, sin querer ni pensar que podía ocurrir, le había entregado su vida. Desoladora imagen, insondable dilema.

Antes del hecho que la llevó a ese final, ella y sus camaradas me aterraron con una exhibición de lógica implacable, semejante a la de M. Sus argumentos, que presentaban como irrefutables ante los tontos, algunos amigos y yo, que no veían tan claro como ellos esas inferencias del imperialismo estadounidense a la



chatura de la vida burguesa, en realidad siguen vivos, pero, cuando trataban de convencernos de nuestros errores, se apoyaban en rostros que habían sido suaves y seductores y ahora eran impenetrables, cegado todo movimiento afectivo, sor-dos a todo razonamiento.

No se habla de todo esto; en cierto sentido fueron como los primeros cristianos que entregaron su vida *Ad majorem gloriam Dei*, salvo que el Dios era otro, en apariencia más concreto pero tan abstracto como aquel que pide tanto como el que les pedía a ellos.

Ellos, tantos muertos, han formado un ejército de resplandecientes sombras, del que se rescata el sentido que tuvieron sus fervores pero no parecen imitables. Se recuerda su carácter de víctimas pero se les mezquina esa lógica de la que hicieron tan orgullosa exhibición y, sobre todo, que nadie parece estar dispuesto a seguir el camino que habían trazado y emprendido: vivimos un momento de enfrentamientos de otro tipo, distribución o acumulación, esa es la hamletiana cuestión. Distribución es vida posible, acumulación es sumisión alienada; es poco quizá, pero es lo posible y hace grandes diferencias, cómo enfrentarlas sin perder el alma, más bien haciendo que el alma resplandezca y la vida entera, la propia y la de los demás, la de los que corren el riesgo de perderla, resplandezca por igual.

Asomarme a esta historia no me ha dejado tranquilo: ¿errores? ¿Incapacidad de expresar lo esencial de un conflicto histórico? Acaso Margarethe von Trotta tiene las respuestas, acaso deja abiertas todas las preguntas, tal como le ocurre a quien llamo J. ¿Quién es capaz de hacerlo?

4. En cada uno de los episodios de la excelente serie *El comisario Montalbano*, se encuentra, si se lo sabe detectar, alguna referencia literaria de alto nivel, desde equívocos de pronunciación hasta alusiones casi directas. Supongo que eso se debe al autor de los libros, Andrea Camilleri, de quien sé poco y nada, siempre pone algo que remite a una experiencia previa o a un pensamiento. Me detengo en uno que parece poco significativo: el buen Montalbano, policía inteligente y humano cuya imagen contrasta con lo que se piensa corrientemente sobre la policía, encuentra junto a la puerta de su casa a un hombre que ha pasado la noche en el portal. Le ofrece un café, le ofrece bañarse y comenta el episodio a su novia mientras desayunan; ella, que está de visita, escucha y sin decir palabra se dirige a una cómoda y empieza a sacar camisas y otras ropas que no se distinguen; a Montalbano no le gusta y le pregunta qué hace. Ella le responde “estas camisas le pueden ser muy útiles”, como si explicara claramente lo que está haciendo. Se podría pensar que es un capricho, un desplante, incluso una falta de respeto, una anécdota graciosa, “fíjense lo que se le ha ocurrido”. No conoce a ese hombre, no sabe quién es y, sin embargo, le saca algo a quien tiene para entregarlo a quien supone, con bastante razón, que no tiene. ¿Cómo interpretarlo?

Evidentemente, hay unos cuantos que tienen y muchos más los que no tienen: ¿no habrá en ese gesto un mensaje de otro tipo, por ejemplo, puesto que el mero gesto individual se agota pronto, que una instancia superior lo debería hacer, tal vez un Estado que debería tratar de darle algo a quienes no tienen aunque deba



quitarles un poco a los que tienen demasiado, superado desde hace rato el gesto de la “beneficencia”, tan hipócrita? Restos de comunismo primitivo. Y aunque parezca arbitrario de mi parte, debe ser eso lo que está pasando a propósito del “Aporte Solidario Extraordinario de las Grandes Fortunas”: los ricos que se niegan a pagar huelen el comunismo residual de esa medida y no les gusta nada pese a que para ellos se trata tan solo de unas pocas camisas.

5. Un verso de un admirable soneto de Góngora me detiene: “Y engañarán un rato tus pasiones”. Es la palabra “pasión” a la que se le puede añadir la idea de calor, de fuego, de lo que “lleva a” y que sellaría la relación que el ser humano tiene con el mundo pero a través de hechos singulares; de ahí “la pasión por” como algo muy noble y exaltable, la pasión amorosa, la pasión por la música o la poesía, la pasión por un oficio, la pasión por la política, la pasión por el sexo, innumerables pasiones que constituyen algo semejante a virtuales puentes que justifican la existencia y su sentido: si no se tienen pasiones, alguna de esas, ¿qué sentido tiene la vida? Es claro que también hay pasiones deleznable, el dinero, la envidia, el crimen, el poder y otras sospechables, el propio yo, el tabaco, las drogas y algunas que “des-socializan”, lo que tiene su importancia porque la pasión no es solo individual, tal como aparece, por ejemplo, en *Las afinidades electivas*, de Goethe, un verdadero tratado sobre la pasión amorosa, turbulenta y frustrante, sino que tiene manifestaciones de orden colectivo, propias de ciertas épocas. Así, determinada pasión puede convertirse en un lugar común y ser compartida por algo más que individuos en articular, por multitudes en algunos casos y momentos, el fútbol por ejemplo en las últimas décadas, por la política en otras, en sus diversas expresiones. El fenómeno guerrillero de las décadas de 1960-1970 es también un buen ejemplo; la democracia, en esta línea, quizá nunca ha llegado a ser una pasión y por eso ha ocupado en el alma de las grandes masas un lugar ambiguo, por ahí necesario pero no para dar la vida aunque por momentos podía enunciarse ese límite. “La vida por Perón”, gritó mucha gente que no la dio, otros sí, sorprendidos, sin saber demasiado por qué. Pero eso es historia, lo que quiere decir, considerando esta idea, que la historia es un relato pasional, con sus idas y vueltas, subas y bajas y, complementariamente, lleva a preguntarse por su suerte en la actualidad, en donde se refugia la pasión, aterrados como estamos por esto que llaman la pandemia y que es una amenaza incomprensible: creo que nadie puede explicar qué siente ni siquiera si siente.

6. Futuro: ¿cuál?

Muchas voces se levantaron en los últimos tiempos para responder a una pregunta que parecía y sigue pareciendo fundamental: ¿cómo va a ser el mundo después de que la pandemia concluya su mortífero ciclo? En otras palabras, qué futuro nos espera.

A sabiendas de que simplifico un poco, pero tratando de quitar un inevitable tono profético, tan viejo como la historia misma, diría que no son más de tres las maneras de responder. Una, que podemos llamar “conservadora” o “cansada”,



proclama que todo volverá a ser, naturalmente, como antes, entendiéndose por “antes”, las estructuras económicas, políticas, morales y, por supuesto, las desigualdades y, faltaba más, la eterna lucha entre pobres y ricos. La segunda, analítica y juiciosa, sostiene que no puede ser que después de una experiencia tan radical como fue, haber padecido una peste nunca vista ni imaginada, no se hayan sacado lecciones que favorezcan un vivir mejor. La tercera deja el tema de lado y se atiene a un presente del que hay que salvarse y sostiene que el futuro será lo que resulte de las circunstancias, tal como ocurrió después de la fiebre amarilla y del tifus, y aun de la peste negra, y tantas otras que se devoraron millones en sus momentos de negro esplendor.

En ninguna de las tres encontramos una respuesta concreta, un “cómo será” el después de la pandemia, en suma, casi nadie imagina la “forma” que tendrá ese futuro pospandémico; son puros estados de ánimo y proyecciones de razonables o exagerados temores en las tres por más que algunos logren domeñarlos, no es fácil aunque la pasen un poco más tranquilos o menos angustiados. Puede ser, en cambio, que ciertos cambios que se vienen produciendo desde mucho antes tanto en la naturaleza, el calentamiento global entre otros, la destrucción de los bosques, la sobreexplotación de los recursos naturales, así como en muchos laboratorios del mundo, por ejemplo la robótica o la química o la tecnofilia, den lugar a un desarrollo que en manos de poderosas industrias o malévolos científicos, podría, según brillantes escritores de ciencia ficción, casi los únicos que piensan en eso, solo podría, digo, generar en futuros cercanos formas por lo general ominosas y terribles, mucho más que las desdichadamente actuales producidas por “nuestra” pandemia, de cuya voracidad, según algunos, somos, lo que no es poco, bastante culpables.

No sé, en tanto víctima o mero observador, en cuál de todas esas líneas me encuadro respecto de la pospandemia. Quizás en ninguna de las tres respecto de lo que padecemos actualmente, que me pide otro modo de entrar en el asunto, como problema, como idea y no como amenaza y como testimonio. Tampoco entro en la ciencia ficción que leo con placer, no está en mis posibilidades pensar ni escribir sobre mundos destruidos, imagen en la que desembocan esos ensueños terribles de pestes incontrolables, de inundaciones feroces, de bombas implacables y de demografías anuladas.

Pero hay que admitir que es inevitable que se piense en el deseado futuro, aunque sea porque nos aferramos a la vieja frase “la vida continúa”, bondadosa metáfora de un futuro necesario, que suele aparecer como consuelo cuando quién nos abandona cae en un presente infinito que es el de la muerte, que es precisamente lo que nos rodea en esta fatal instancia, o bien porque el instinto vital, que esa frase expresa y contiene, nos hace olvidar la muerte y nos abre a nuevos momentos, recomienzos, continuidades.

En suma, pensar en el futuro, o proponérselo, no sería otra cosa que admitir la vieja frase con la esperanza de que un presente, o lo que concebimos y padecemos como tal, no nos deje al costado, imposibilitados no solo de gozar sino también de sufrir y naturalmente de sentir. Pero, si se trata de futuro, lo primero que hay que



pensar es que el futuro, podría decirse, sin que sepamos qué es, está siempre ahí y se gesta, igualmente, en el presente que, a su vez, se alimenta del pasado –el saber acumulado o incluso la tradición– para aprovecharlo, sabiéndolo o no, o para destruirlo, romper, innovar, empezar de nuevo, cosa difícil de pensar. Quiero creer en lo que decía T. S. Eliot: “El tiempo presente y el tiempo pasado/Están juntos quizá presentes en el tiempo futuro/ Y el tiempo futuro contiene el tiempo pasado”. Tiene razón, estoy de acuerdo, pero qué hacemos con eso, es el curso natural de la vida en su máxima expresión, la inteligencia, o en su mínima, un puro actuar sin pensamiento.

O sea que el futuro, esa entidad que no existe –es siempre un “todavía no”–, cuando se llega a lo que se previó que sería, se convierte en presente, se convierte en otra cosa, desaparece. Es difícil comprenderlo, sobre todo cuando se espera de alguien que habla del tema que dé alguna pista, que tenga una idea, que sugiera un modo de vida que nos restañe de tanta pérdida y dolor; en otras palabras, que se produzca alguna recomposición o, si esto fue una grave enfermedad, una buena convalecencia.

Pese a que puedo desearlo no seré el más indicado para proponer que el mundo sea más bueno, o deje de ser tan malo, la lucha por el poder, el arrollador e inescrupuloso avance del capitalismo, que seguramente ya se está preparando para ello, incluidas sus tropas internacionales de asalto, tratará no solo de seguir en el terreno sino de conquistar más terreno y, lo peor, más conciencias. Y si eso es el futuro, quisiera creer que es solo una parte. Lo que se puede decir sin hacer profecías bíblicas es, por un lado, que la vieja y constante, irrevocable lucha por un mundo mejor retomará nuevo impulso y acaso logre tener nuevas formas; las precedentes quedarán arrumbadas, ya no sirven; y, por otro, que los que queden indemnes y que para soportar esta penosa historia se han valido de las viejas virtudes que tanto amamos, la poesía, el arte, el amor, la comunicación, la creatividad, tendrán otra oportunidad. Siempre la especie ha tenido otra oportunidad: podrán renacer de sus retoños, si es que quedan retoños después de esta siniestra peste.

En eso pretendo quedarme fuera de las profecías y ver, si no adónde se puede llegar, al menos a precisar lo que se quiere decir cuando se pronuncia esa palabra y se promete algo en su nombre, tal como se puede inferir, en una escala mayor, cuando un país entero consagra como divisa frases como “Paz y administración” u “Orden y progreso”, buenas expresiones de futuridad, no de un “así es” sino de un “así deberá ser”, que según la fe positivista interpreta, o cree hacerlo, la forma que deberá tener el futuro.

Pero el futuro no solo reside en esas categorías grandiosas ni angustiadas, está por doquier, en cada acto o gesto: todas, absolutamente todas nuestras acciones se proyectan a ese lugar que llamamos futuro. Todo lo que hacemos está dirigido a él: comemos para no tener hambre después, escribimos para que quede algo después, nos educamos y educamos para saber algo más después o sea más humanos después, caminamos para llegar a un sitio después, planeamos para realizar algo después y tratamos de salvarnos ahora, cada uno y el conjunto, y así seguimos. Y



eso lo sabemos desde siempre, después del primer momento de indecisión, como cuando éramos niños y queríamos algo ahora, ya mismo, y nos decían, “ahora no, mañana”, esa palabra misteriosa, difícilmente aceptable y a la que no le poníamos nombre. Luego nos enseñaron que los verbos no solo tenían modos y personas sino tiempos, pasado, presente y futuro pero no nos dijeron que esa tripartición no afectaba solamente a los verbos sino a la vida entera. Y si costaba comprender no era por torpeza sino porque encarnaba lo menos comprensible, o sea el tiempo mismo, hijo predilecto de la rotación de la tierra que no se sabe si es fiel al sol o no puede separarse del todo de él. Y también sentimos que podía ser amenazante, que nos podía estar esperando a la vuelta de la esquina o del tiempo, mañana o vaya uno a saber cuándo y, como el personaje de Macedonio Fernández, soñamos en reducirlo, apretarlo o, como ese personaje, eliminarlo: “Es el herrero Cósimo Schmitz, aquel a quien, en célebre sesión quirúrgica ante inmenso público, le fue extirpado el sentido de futuridad, dejándosele prudencialmente, es cierto (como se hace ahora en la extirpación de las amígdalas, luego de reiteradamente observada la nocividad de la extirpación total), un resto de perceptividad del futuro para una anticipación de ocho minutos. Ocho minutos marcan el alcance máximo de previsibilidad, de su miedo o esperanza de los acontecimientos”.

No se puede no insistir: tal vez consigamos llegar por esta vía a comprender algo de lo que el futuro quita o promete; si todo se proyecta, todo va a parar a otra parte en la que deja de ser el futuro anterior para devenir un presente que, a su turno, se dirigirá a nuevos futuros. Y este presente, francamente...